

Se arranca la espada del costado y muere. El día de su muerte nació Epaminondas; el día de su muerte nació Cristóbal Colón; el día de su muerte nacen todos los hombres para quienes vivir es morir trabajando al yunque de la gloria.

En las naciones para las cuales caridad es parte de la sabiduría, y no se tienen por cultas si no practican las obras de misericordia, los ciegos tienen hospicios donde las comodidades rayan en lujo; los tullidos no hacen sino alargar el brazo para tomar el pan y el vino; los paralíticos reposan en suaves lechos y por medio de máquinas ingeniosas vacan á todos los movimientos necesarios; los sordomudos se crían, se educan, aprenden á *oir y hablar* por medio de inventos maravillosos, imaginados con amor ardiente por los filántropos; los niños desvalidos tienen socorro, los expósitos hallan madre; las malas mujeres, ¡hasta ellas!, pueden refugiarse en un palacio, cansadas del vicio, atraídas por el aliento de la virtud. Los inválidos son dueños de alcázares faustosos: allí tiene cada uno su cómoda celda, su pegujalito donde toma el sol y siembra su repollo; el refectorio, aseado, abundante; la cama limpia, los claustros ó corredores alegres, con luz de sol mañana y tarde. Sólo para los sabios, los filósofos, los poetas, los varones perillustres no han levantado hasta ahora en ninguna parte un asilo conveniente, y muy dichoso ha de ser Luis Camoens si halla una tarima en el hospital de mendigos. Edgardo Poé, el joven inspirado, el gran poeta de los Estados Unidos del Norte, se andaba hasta ahora poco arrastrando por calles y tabernas, cubierto de lodo, tristemente feo y despreciable; y ese cuerpo de borracho había sido santuario de las Musas. Andrés Chénier no se escapó del hospicio ó de la esquina de la calle, sino gracias al patíbulo que le recogió á tiempo. Cuando este amable ingenio se daba de calabazadas contra las paredes de su calabozo exclamando: «¡Lástima!, algo hay aquí en esta cabeza,» no sabía que lo que le iba á tomar el verdugo le hubiera tomado la miseria; ó más bien, lo supo, porque á fuero de apasionado á las letras humanas, Minerva le había ya ungido con el aceite mágico que confiere

órdenes de gloria con imposiciones de hambre y harapos. Becker, el Tirteo de la Germania amenazada, fué infeliz hasta el último suspiro. Gilbert padeció cuanto alcanzan á padecer seres humanos. Hoffmann, gotoso, llagado el cuerpo, mortalmente dolorido, se hace arrastrar á la ventana para ver desfilan á sus ojos la comparsa de la comedia universal. Éste al fin no fué tan desdichado: en medio de sus enfermedades incurables, sus dolores intensos, sus privaciones, le queda un bien: su esposa no le abandona ni le asquea; al contrario, santamente enamorada, vierte sobre las úlceras de su corazón el bálsamo de sus lágrimas, al tiempo que suaviza con benéficas unturas las dolorosas escoriaciones de sus miembros. Feliz mil veces el que puede decir: «Mi mujer,» y descansar en su seno, y morir en sus brazos, oyéndola pronunciar juntamente el nombre de Dios y el de su marido, envueltos en lágrimas que el ángel de la guarda está recogiendo en ánfora invisible.

## CAPÍTULO IX

D. Manuel de la Revilla, escritor contemporáneo de los más notables de la Península, se ha empeñado en quitarle á Cervantes la joya más preciosa de su diadema negándole en mala hora la miseria y las desgracias, por sincerar á su patria de la nota de egoísta é indolente. ¿No sabe D. Manuel que no hay verdadera gloria sin desgracia, y que el infortunio es el hoplita descubridor que les va abriendo el campo á los varones ínclitos?

Oui, la glorie t'attend: mais arrête et contemple  
A quel prix on pénètre en ces parvis sacrés:  
Vois, l'Infortune assise à la porte du temple  
En garde les degrés.

El infortunio, sí, señor, el infortunio es el dragón que cuida las manzanas de oro en el jardín de las Hespérides: el que desea apoderarse de ellas á todo trance, ha de pelear con ese monstruo y vencerle en singular batalla; y puesto que le venza,

no ha de salir sino chorreando sangre el cuerpo, el corazón herido, el alma ensayada al fuego. Terrible es esa aventura: los cruzados que fueron en busca de Reinaldo pasaron por entre los demonios que guardaban la mansión encantada de Armida en forma de grifos, tigres y serpientes, apartándolos y enmudeciéndolos con la varilla de virtudes: contra los custodios de la gloria, esta manzana de oro cuyas entrañas abrigan sabores y placeres inmortales, no hay varilla de virtudes. Esos monstruos no huyen; se les van encima á los atrevidos, y se les comen el alma, rompiéndoles el cuerpo con uñas envenenadas. Terrible es esa aventura: para acometerla, el caballero ha de ser de los más famosos andantes, de esos que, armados de todas armas, van sobre el endriago y le cortan la cabeza, dejando allí los vestidos y la mitad de su sangre. D. Manuel de la Revilla nos recuerda que el duque de Béjar y el conde de Lemos fueron caritativos para con Cervantes, y que éste no padeció las necesidades que nuestro siglo acostumbra echar sobre la nación hispana como otros tantos cargos de mezquindad y egoísmo. ¡El duque de Béjar! ¡Ese grande de España que con sus dádivas no consiguió sino labrar el olvido del agraciado? ¡Cómo daría, cuánto daría el pobre duque, cuando su nombre ni más volvió á salir de los labios de Cervantes desde que éste hubo recibido su limosna! Ó la dió como suelen dar los soberbios, despreciando y alabándose, ó fué tan cicatero, que lejos de infundir gratitud en el pecho del hambriento, infundió desprecio; pero desprecio humano y generoso, de esos que se duermen y quedan muertos en el silencio.

Clemencín da mucho á entender y deja al lector mucho que adivinar con sus cultas reticencias, tocante á la frialdad del más agradecido de los hombres para con el señor duque protector. El conde de Lemos sí, más constante y bien intencionado; pero generoso, ni él. ¡Cómo sucede que estos ricos, estos botarates que echan por la ventana veinte mil duros en una noche de luminarias ó en un festín de quinientos platos; cómo sucede, repetimos, que estos que tienen para hartar de ficédula, pitirrojo,

alondra y ave del paraíso, asentados con brazos de mar de Tokay y Roederer, á sus reyes, sus parientes, sus camaradas, sus amigos tan opulentos como ellos, no dan á un pobre ilustre de una vez para toda la vida, ó cuando menos para algunos años, y no que le obligan á estar volviendo á sus umbrales y llamando á sus puertas cada día? El conde de Lemos alcanza nuestra gratitud por los beneficios que hizo á Cervantes y en él al género humano; pero si tomando el quinto de su renta anual le hubiera asegurado su fortuna con una casita de campo, una heredad donde el hombre de ingenio hubiera ido á sepultarse, tranquilo respecto del pan de cada día, á la gratitud hubiéramos agregado la admiración, y tendríamos placer en llamarle Augusto al señor conde, siquier Mecenas, protectores apasionados del talento y las virtudes.

El embajador de Francia mostró una ocasión viva sorpresa en Madrid de ver que hombre como Cervantes no estuviese aposentado en un palacio y servido como príncipe á costa del Gobierno. Esto nos reduce á la memoria la hermosa fundación de los atenienses llamada Pritaneo, donde los ciudadanos que habían merecido bien de la patria por la inteligencia, la sabiduría, el heroísmo, las virtudes extraordinarias, se recogían á vivir á expensas de la República, la cual no escatimaba ni el tesoro común, ni los miramientos debidos á tan singulares personajes. Logista Cario, llegando á tiempo á la buhardilla de la ciudad de Burdeos para que Inarco Celenio no fuese á la cárcel, le está preguntando con tristeza al Sr. de la Revilla ¿si no pudiéramos decir hoy como en tiempo de Cervantes: *Iberia semper incuriosa suorum?* Hubo extranjeros que pasaron á España sin más objeto que conocer á tan egregio varón; y muchas veces se llenaron de asombro al ver la inopia en que se estaba consumiendo ese grande hombre. ¿No estaría Cervantes tan bien en su patria, cuando se insinuó con los Argensolas para que le llevasen consigo á Nápoles? Éstos, menos hidalgos que poetas, se lo ofrecieron, y burlaron, su esperanza con el olvido. Desengaños, amarguras á cada paso en el autor del *Quijote*. D. Ma-

nuel de la Revilla cumple con su deber cuando intenta salvar á España salvando á Cervantes; pero el defecto de armadura está allí, y bien á la vista. Más decimos: los españoles no han conocido el mérito, ó más bien todo el mérito de su gran compatriota, sino cuando éste, dando golpes en su tumba desde adentro, ha llamado la atención del mundo con un ruido sordo y persistente. Y aun así, no son los españoles los primeros que le han oído, sino ciertos insulares cosmopolitas para quienes son patria propia las naciones donde descuellan grandemente la inteligencia y el saber humano. Los ingleses, con su admiración alharaquenta por Cervantes, sus traducciones del *Quijote*, sus comentarios, le han sacado á la luz del día y le han puesto al autor entre Homero, Platón, Virgilio, Tácito y los autores más esclarecidos de todos los tiempos, y su obra entre la *Ilíada*, la *Lusiada*, la *Divina Comedia*, el *Decamerón*, el *Orlando Furioso* y más obras que acostumbramos llamar clásicas y maestras. España descuenta hoy día con el amor y los honores el olvido y los ultrajes que devoró Cervantes en la tierra; y tan alto el precio en que tiene á su grande hombre, que no le sería bien contado al que hoy saliese volviéndose notable con la menor ofensa á su memoria. Nosotros, gracias á Dios, hemos respetado siempre á ese rey de la pluma; y tanto le hemos compadecido por lo infeliz, que nunca hemos contemplado en su suerte sin sentir húmedos los ojos. En cuanto á volver por él, ni tenemos contra quién ahora, ni nuestras fuerzas serían para entrar en tan grandiosa estacada. Con todo, si acudieren caballeros aventureros que nos repartan el sol, aquí estamos los mantenedores, no como el doncel de D. Enrique, puesto el encaje, sino el rostro descubierto, para que se vea si el semibárbaro de América es paladín leal ni tiene miedo.

## CAPÍTULO X

Hay un español para quien los defectos mismos de Cervantes son perfecciones dignas de imitación, y sus errores axiomas y reglas del lenguaje más cumplido. Garcés, en sus *Fundamen-*

*tos del vigor y la elegancia de la lengua castellana*, obra de mérito incuestionable, pone de muestras lugares del *Quijote* que harto dan á conocer que el autor no tuvo gran cuenta con la tersura y pulidez requeridas siempre por las obras de tomo. Virgilio impuso á sus testamentarios Tuca y Vario la obligación de echar al fuego la *Eneida*, porque no la había traído al cepillo tantas veces cuantas él quisiera: Cervantes no leyó ni una sola su manuscrito, y así lo dió á la estampa, lleno de lunares, como todo el mundo sabe. El autor de los *Fundamentos* arriba mencionados es un peripatético antiguo, de esos que se hubieran dejado moler en un pilón antes que entrar en cuentas con el maestro. Pero el *magister dixit* no es razón, y los votos pedarios no resuelven los grandes asuntos de interés general y perpetua transcendencia. Ni el respeto debido á la autoridad de Cervantes, ni el peligro de caer en vanistorio han sido bastantes para que nos abstengamos de hacer una tácita censura de ciertos pasajes donde flaquea ese gran entendimiento, donde verosimilitud y decoro están brillando por la ausencia. Decimos tácita censura, porque nunca nuestra osadía hubiera acometido la obra de corregir de manera didáctica los que á nosotros nos parecen defectos, en un corazón, eso sí, con los críticos más autorizados de España y otras naciones. Si Homero mismo cae en esa pesada soñolencia de que habla Horacio, *quandoque bonus dormitat Homerus*, ¿qué mucho que otro cualquiera, por despierto que ande á las prescripciones del arte y las advertencias del buen gusto, rinda la cabeza á esa deidad indolente que suele nacer de la fatiga y el descuido?

En mala hora el triste Avellaneda fué á tomarle en el camino á D. Quijote, y le llevó á las justas de Zaragoza, cumpliendo con el programa de Cervantes: si esto no sucede, el caballero andante, en manos de su legítimo conductor, va allá, y en teatro más adecuado para su índole y su profesión, sigue desenvolviendo su gran carácter de paladín esforzado é invencible caballero. Allí, en la estacada, su gentil persona está como en su centro: á las justas de Zaragoza concurren, supone-

mos, Beltrán Duguesclin, Pierre de Brechemont, Miser Jaques de Lalain, el Sr. de Bouropag, Juan de Merlo, D. Fernando Guevara, Suero de Quiñones y otros muchos aventureros de las naciones caballerescas. D. Quijote de la Mancha se afirma sobre los estribos, requiere su buena lanza, y ora venid juntos, ora venid solos, da sobre ellos, andando tan brioso y activo Rocinante, que no parece sino que le han nacido alas á posta para esa aventura. Concluída la batalla, las princesas y señoras de alta guisa que están en sus tablados de colgaduras de terciopelo, baten palmas exclamando: «¡Honra y prez á la flor y nata de los andantes caballeros! Bien venido sea á estos reinos el desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, sombra y arrimo de doncellas menesterosas!» Y luego oye el vencedor un suspiro largo y apasionado, y se encuentran los suyos con unos ojos negros que le están devorando, y viene una dueña y á furto le dice: «Sr. D. Quijote, lléguese á ese palacio, si es servido, que mi señora la princesa Lindabrides quisiera comunicar con su gallardía cuatro razones.» Pero no, nada de esto que es tan propio de D. Quijote; sino que ¡el miserable Avellaneda le coge y le hace dar de azotes en la cárcel! ¡Azotes á D. Quijote de la Mancha, el carácter más elevado, el loco más respetable por la virtud, el más honesto y digno de cuantos son los hombres! Ese D. Quijote preso, con sentencia de azotes sobre sí, la pena de los infames, ¿para qué sirve ya? Después de los azotes, Jesús mismo no tiene sino morir: ni desdicha, ni vilipendio, ni dolor como ese en el mundo: el que los lleva cúrese con la muerte del género humano, ó sucumba: el sepulcro únicamente puede serle disculpa á la opinión de los hombres. *Me acomodaron con ciento*, decían los ladrones descarados, cuando se usaba ese horrible castigo.

«A espaldas vueltas me dieron  
el usado centenar.»

dice otro pícaro sin vergüenza. ¡Y la pena de los rufanes, los alcahuetes y los pillos al dechado del pundonor y la hidalguía,

á D. Quijote de la Mancha! Si un vecino compasivo no le salva, azotan á D. Quijote, y el menguado Avellaneda está triunfante.

Addison ideó un carácter en el cual concurriesen todas las virtudes filosóficas y morales, y lo encarnó en la persona de sir Roger de Coverley, la cual triunfa en el *Espectador de la Gran Bretaña*, ni más ni menos que *un buen hombre Ricardo* de Benjamín Franklin. Sir Roger es bueno, pacífico, sufrido: sir Roger es amable, ameno, abunda en instrucción y buen juicio: sir Roger profesa la tolerancia, mira con benevolencia al prójimo, perdona agravios y no los irroga jamás. Girando en la órbita de la modestia, sir Roger expone ideas elevadas, practica las buenas obras, sus costumbres son irreprochables. Sir Roger es el timbre de Addison, quien le eleva y purifica más y más en cada número de su insigne periódico. Con justicia aborrecemos nosotros los colaboradores: Addison tuvo un colaborador, en hora menguada. De repente, un día aciago, sin que su amigo, protector y padre tuviese noticia de su desgracia, sir Roger comparece en una taberna, alzando el codo, cosa que nunca había hecho, en una escena vergonzosa entre mujeres de mal vivir. El *Espectador* genuino, el austero Addison, estuvo en un tris de caerse muerto cuando le vió: aturdido, desesperado, entra á su casa y le mata á sir Roger de Coverley. Al otro día, en el número siguiente, el pobre sir amaneció muerto. Todos sintieron y todos aplaudieron: un gran carácter envilecido de repente debe morir. Steele, el colaborador de Addison, cometió un abuso de confianza: sir Roger no era suyo: si tuvo necesidad de un hombre bajo, ¿por qué no fué á buscarle entre los mandilejos de la hampa? No de otro modo Alonso Fernández de Avellaneda ha tomado á D. Quijote de la Mancha, le ha metido en la cárcel entre carlancones y delincuentes, y le ha condenado á pena de azotes. ¡Azotes á D. Quijote de la Mancha, caballero de los Leones, émulo de Amadís de Gaula, amante de la sin par Dulcinea, que mañana tendrá dos ó tres coronas con que premiar á sus escuderos!

En esto finca justamente nuestra queja más amarga contra Miguel de Cervantes: quejas, también de él, con ser quien es, las tenemos. Alonso Fernández de Avellaneda le lleva á las justas de Zaragoza al invencible D. Quijote, y lejos de hacerle justar y romper lanzas con el señor de Charni ó con Diego Pimentel, le hace consumir mil necias locuras en la calle, para que le arrastren á la cárcel y le den de azotes. Cervantes, que si no mató al hijo de su imaginación cuando le vió infamado, debió haberle hecho comparecer más alto y garboso en el escenario de la caballería, endereza su camino á Cataluña, y con un cartel infamante á la espalda, le hace dar vueltas por las calles de Barcelona, seguido de un tropel de muchachos burladores, de canalla soez y pícaros, que empiezan á echarle cohombros y cortezas de naranja. Para colmo de absurdo y negadéz, allí está D. Antonio Moreno, su huésped, exponiéndole á la mofa de la ciudad y los insultos de los rufiañes; D. Antonio Moreno, hombre de bien y de chapa, según nos le da á conocer Cervantes mismo. Los azotes con el cartel, allá se van: el uno se hundió, pero el otro también cayó. Esta escena del *Quijote*, sin propiedad, porque no es caballeresca; sin decoro, porque las virtudes del héroe están escarnecidas; sin gracejo, por insulsa, es el tributo que los grandes escritores suelen pagar al mal gusto y el error. El paso de D. Quijote en las calles de Barcelona con un cartel infamatorio en la espalda es la burla de Milton en su poema, esa gran majadería donde los demonios se están riendo de los ángeles y haciéndoles fuego de cañón: es Childe Harold cuando se da cordelejo con los trascantones y palanquines de Newgate.

«Sólo en Virgilio, el más puro, más atinado de los autores, no hay — dicen — ni un solo pasaje indecoroso. Y vaya esta excepción, por ser la única, en abono de Cervantes. ¡Oh, y cómo D. Quijote no hubiera pensado jamás en ir á Barcelona! Los caballeros andantes lo son, cabalmente porque corren el mundo en busca de las aventuras; aventuras que los están esperando por encrucijadas y despoblados, no por ciudades curiosas y nada fantás-

ticas. Princesas á la grupa de caballeros moros, gigantes semejables, endriagos y vestiglos, malandrines y follones, en los caminos y las sierras. Palacios encantados, ciudadelas de honda cava y ancho foso, castillos de torres de plata, enanos, atalayas, encantadores, mágicos, ¿en dónde sino en los Pirineos? Ó váyase á Damiata el aventurero; allí puede cortarle la cabeza al perverso nigromante descaminador y despoblador de las embocaduras del Nilo. Los ejércitos de Alifanfarón de Trapobana y Pentapolín del arremangado brazo, ¿se les encuentra en la esquina de la calle por ventura, entre los regatones que van gritando: «¡Albillo como el agua!, ¡besugo!, besugo?» Todo eso es aventura, y aventura no ocurre donde el policía anda arrasando el sable, sino donde un loco gracioso puede embestir á mansalva con cuanto vizcaíno y cuanto fraile encuentra por esos mundos de Dios. D. Quijote en Barcelona es un eclipse lamentable: Sancho Panza ha casi desaparecido, y es lástima. Pues el sarao....., ¡qué sarao! Señoras de rumbo, cuales deben ser las que componen estas fiestas, en casas tan principales como la de D. Antonio Moreno; niñas en quienes inocencia y delicadeza no pueden ir separadas; hermosas que obligan á la consideración y el respeto con el porte elevado y señorial, no son para burlarse de un pobre loco, así, como gente de escalera abajo, con tanta ordinariez y grosería, y menos cuando el caballero es huésped de la casa, circunstancia que imprime en él carácter de sagrado. En vez de un concurso de reinas y doncellas caballerescas, donde el gran D. Quijote hubiera resplandecido por la cortesía, están allí cuatro locas que le toman, le hacen dar vueltas, le pisan, le cansan, le marean, le botan y le dejan arrastrando en tierra. «Caballero andante es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la criatura más desdichada del mundo, y mañana tendrá dos ó tres coronas que ofrecer á su escudero.» Esto sí; mas caballero andante no es utensilio de galopín, ni objeto que está á los pies de los caballos. ¿No sabían, sin duda, las señoras catalanas que caballeros andantes son señores á quienes sirven las

Gracias, cuyos pies lavan los Amores con agua de jazmín y rosa?

«Nunca fuera caballero  
De damas tan bien servido,  
Como fuera Lanzarote  
Cuando de Bretaña vino:  
Princesas curaban de él,  
Doncellas de su rocino.»

Los palos, como anexos á los andantes, no los envilecen ya; y como el darlos y el recibirlos viene en ellos vertiendo sal, los admite de buen grado el lector, y aun los echara menos, si faltaran; pero los azotes....., pero el cartel....., pero el baile.....  
*Je veulx qu'ils donnent une nazarde à Plutarque sur son nez,* dice el autor de los *Ensayos*, *et qu'ils s'eschaudent à injurier Senèque en moi. Il fault musser ma foiblesse sous ces grands credits.* Sí, que le den un papirotazo á D. Juan Bowle en mi nariz, y se abran á la injuria contra D. Diego Clemencín, si hay españoles sin ojos para ver, sin oídos para oír. D. Quijote en Barcelona es un salsa de perro, un raya en el agua indigno de la púrpura imperial. Mas ¿qué importa ese montón de tierra en medio del verde bosque donde cantan las aves del paraíso tantas y tan bellas y con tan grata melodía? Mujer fuerte, ¿quién la hallará? Obra sin defecto, ¿dónde estará? El *Quijote*, grandiosa epopeya de costumbres, no pudo haber salido sin ningún desbarro que por el contraste nos hiciese admirar la perfección y gracia de la obra en su conjunto; bien así como el desperfecto fortuito de una cara hermosa está recomendando lo cumplido de las facciones y poniéndonos en el artículo de exclamar: «¡Qué ojos!, ¡qué labios! Sin esa excrecencia impertinente, esa mujer fuera una diosa.»

#### CAPÍTULO XI

Entre los pecados y vicios de las buenas letras, el peor, á los ojos de los humanistas hombres de bien, es, sin duda, el que llamamos plagio ó robo de pensamientos y discursos. Crisi-

po en la antigüedad era maestro tan sin escrúpulo, que tomaba lo suyo donde lo encontraba; y suyo era, en su concepto, lo bueno, lo grande que los filósofos alcanzaban á idear y expresar en la academia, el pórtico ó el liceo. Corneille, en nuestros tiempos, ha tomado con admirable franqueza de los autores cuanto ha sido de su gusto y lo ha vendido por original. Ni en el filósofo antiguo ni en el poeta moderno acredita eso pobreza de inteligencia, sino así una como familiaridad y confianza, mediante las cuales los bienes de sus amigos son como suyos, y por tanto buenos para el uso propio.

Había en un plantel de educación superior un estudiante de los más notables por el ingenio, los bienes de fortuna y la posición social de sus señores padres. Rico además, su guardarropa era tan abundante, que bien hubieran podido salir de él de tiros largos todos sus condiscípulos. Pues este gran señor de colegio hacía lo que Crisipo, tomaba lo suyo donde lo encontraba, y suyo era pantalón, capa ó sombrero que podía haber á las manos. Y no que fuese guardoso ruin de lo propio, sino al contrario, tan maniabierto, que los pobretes de entre sus camaradas se emperejilaban, acicalaban y componían por la mayor parte á costa suya. Eso de echarse encima el primer mantón que hallaba, y largarse á la calle, era de todos los días; y muchas veces le sucedió coger y ponerse un turumbaco ó torre de Francia de un buen viejo catedrático, casado en segundas nupcias y doctor en teología; con lo cual queda dicho que el sombrero, si no del tiempo de la conquista, por lo menos anterior al serenísimo Carlos IV, que Dios tenga en su santa gracia. Acuérdomeme haberle topado una ocasión en el portal del Arzobispo de la ciudad de Quito, muy puesto en orden con su buen manteo negro, de vueltas peladas y desflecadas, y el susodicho turumbaco ó torre de Francia, el cual por lo quebrado del ala parecía sombrero de tres picos. Verle y echarme á reír, todo fué uno. Él iba de prisa, según su costumbre: sin pedirme explicaciones ni echarme el guante, pasó ese como Santo Tomás ó San Atanasio, que así me figuro han de haber andado los teólogos de su